

# Hay serpientes que bailan la música del mal

Fernando Tomás

La obra narrativa del escritor salvadoreño, aunque nacido en Honduras, Horacio Castellanos Moya hace ya tiempo que se ha buscado un lugar de privilegio en el ámbito de la literatura escrita en español. Con novelas impactantes como *El asco*, que en su momento supuso un escándalo mayúsculo por el modo en que retrataba la corrupción generalizada que imperaba en su país, y libros como *La sirvienta y el luchador*, en los que una paradójica suma de violencia y poesía dosificadas con gran ingenio han hecho que se le comparase con Celine, el autor de *Donde no estén ustedes* e *Insensatez* se ha ganado el interés de los lectores y el respeto de la crítica, que suele destacar en sus trabajos la desnudez cortante de un idioma que parece estar desnudo en medio de las páginas de sus novelas y que puede hacer cualquier cosa menos dejar indiferente al lector.

*Baile con serpientes* es una obra publicada en el año 2002 y que ahora recupera para el mercado español la editorial Tusquets, que es el sello en el que ha salido aquí toda su producción, y es un libro interesante, como todos los suyos, pero que tiene algunas particularidades dignas de mención. Para empezar, es una parábola sobre la violencia, la marginalidad y los efectos perversos que ambas pueden llegar a causar en quienes lo padecen, hasta llevarlos a la locura y al crimen. El protagonista principal del relato es un hombre llamado Eduardo Sosa, una persona que llamaríamos normal aunque en el momento en que comienza la acción se vea

---

Horacio Castellanos Moya: *Baile con serpientes*. Tusquets. Barcelona, 2012.

acosado por graves problemas económicos. Eduardo se interesa por un indigente que de pronto aparece en el barrio, a bordo de su coche, un modelo antiguo pero señorial en el que pernocta y que parece ser el eco de una vida acomodada. Pese a su hostilidad, pues se trata de un ser que lo ha perdido todo, su trabajo, su casa y a su mujer, y ya no confía en nadie, Eduardo consigue ganárselo poco a poco, pero no con intenciones filantrópicas, puesto que pronto sabremos que lo que pretende es quedarse con las exiguas propiedades del mendigo, a quien dará muerte para apropiarse de su oscura vida y de sus pocas posesiones.

Sin embargo, la primera noche que se queda a dormir, satisfecho de su conquista, en el interior del vehículo, oye unos ruidos extraños y nota que unas serpientes que, al parecer, también viven allí, le empiezan a recorrer el cuerpo. Desde ese instante, la fábula de Castellanos Moya, que parecía que iba a ser un cuento realista, se transforma en un relato fantástico, donde no se sabe bien si todo ocurre o es un delirio de Eduardo, entregado a las bebidas duras y baratas y a las drogas blandas, y lo que gira en los ojos del lector es una espiral de sangre y sadismo que no parece tener fin.

Eduardo, ayudado por las serpientes, con las que habla, convive e, incluso, mantiene relaciones sexuales, lleva a cabo una auténtica masacre en la ciudad, llevándose por delante tanto a los menesterosos como a los poderosos, tomándose la justicia por su mano con la brutalidad con la que todos los fanáticos cometen sus crímenes con la disculpa de que sus víctimas se merecían ser eliminadas. La policía y las autoridades lo persiguen, pero no parece sencillo detener al vengador y sus reptiles.

*Baile con serpientes* es una novela demoledora y agotadora, lo primero porque no da un minuto de respiro y lo segundo porque en algunos momentos puede llegar a fatigar con su baño de horror, que le da un cierto aspecto *gore*, dadas la facilidad con la que los cadáveres se van amontonando según avanza la historia. Al final, el autor tendrá que elegir entre el castigo del exterminador o su impunidad, y esa tensión moral, que es explícita desde el comienzo, es uno de los puntos básicos del libro.

El estilo de Horacio Castellanos Moya es ya en esta entrega el que lo caracteriza: descarnado, provocador, directo. La narración no da pausa y, a menudo, da ganas de apartar la vista de las esce-

nas que describe, por su fiereza. Desde luego, no se podrá acusar a su creador de andarse por las ramas, aunque sí de dejar sin volumen a los actores secundarios de esta aventura siniestra, que aparecen como simple carne de cañón, dianas o jaulas llenas de pájaros donde el demente protagonista vacía el cargador de su pistola y clava su navaja o contra la que azuza a sus serpientes venenosas. A pesar de ello, entre los logros del libro está el de presentar de forma esquemática pero con rasgos poderosos la hipocresía y necedad de los administradores de la ley, que consideran a Eduardo Sosa una simple molestia hasta que deja de matar a los pobres para lanzarse hacia los poderosos. Ahí es cuando su camino, y sobre todo el de sus aterradores animales de compañía, que sin duda son un símbolo del miedo atávico de las personas a los reptiles, empieza a torcerse hasta convertirse en un laberinto sin salida. Aunque, por desgracia, a veces no es imposible escapar de una máscara, ponerse a salvo y dejarla tirada en un callejón, igual que si fuera la cáscara de una persona vacía, irreal y, por lo tanto, absolutamente imposible de atrapar ©